

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El ogro en el bosque

Esta vez voy a hablar de mí mismo, a contarles algo que me pasó de verdad. Si no lo creen, no deben escucharme. Sólo puedo contar esta historia a los niños que están seguros de que digo la verdad.

Yo tenía entre seis y siete años y todavía estaba aprendiendo las letras en la escuela. Un buen domingo de septiembre por la tarde fui con seis compañeros al bosque de Aulnes.

Era la temporada de la nuez, y sabíamos que había muchos árboles en el bosque.

Después de recoger nueces durante algún tiempo en la orilla del bosque, sucedió que al ir de árbol en árbol nos fuimos separando unos de otros. Antes de darme cuenta, me había adentrado en el bosque. Allí descubrí una especie de matorral donde las nueces crecían tan abundantemente que apenas podía creer lo que veían mis ojos.

Las ramas extendidas estaban repletas de nueces en racimos de cuatro, cinco o incluso seis nueces maduras en sus copas amarillas, que colgaban de forma tan tentadora.

Al principio comí muchas y me di un buen festín. Nunca había comido tantas nueces. No había ni una mala, ni una vacía. Cuando había comido todas las que quise, me llené los bolsillos. Luego me llené la gorra y até algunas

en el pañuelo. Justo cuando pensaba que podía meter unas cuantas más, me di cuenta de que el bosque estaba muy quieto y solitario.

Por encima de mi cabeza, los últimos rayos del atardecer brillaban entre las ramas de los enormes olmos, robles y álamos. Aquí y allá piaba un pájaro en su nido, y a lo lejos, hacia el ocaso, oí el ruido de las ruedas en el camino.

No podía oír a mis compañeros, pero sin duda estaban a mi alcance, no podían estar muy lejos. Me llevé las manos a la boca y grité:

—¡Hola! ¡Juan! ¡Pedro! ¡Jorge!

Los llamé a todos y grité sus nombres uno tras otro, gritando cada vez más fuerte en todas direcciones. Pero sólo me respondía el eco. Cuando grité Juan, el eco respondió burlescamente "uan", y cuando grité Jorge, respondió "orge".

De pronto, mi corazón se hundió dentro de mí, los últimos rayos de luz desaparecieron sobre mi cabeza y, con sorprendente rapidez, la oscuridad cayó entre los árboles y los arbustos. La oscuridad parecía crecer del suelo. Los pájaros guardaron silencio. Una brisa fría agitaba las ramas, y lejos, muy lejos, una campanilla hacía sonar el Ángelus.

Reconocí la campana, era la campana de nuestro pueblo. Supe que el carruaje que había oído era la carreta de correos que regresaba de Ternath a Lennick.

En la dirección de estos dos sonidos tenía que encontrar un camino. No podía imaginarme lo lejos que estaba de

la orilla del bosque, y era imperativo que llegara a los campos antes de que me alcanzara la oscuridad.

Me puse en marcha con la gorra llena de nueces en una mano y el pañuelo lleno en la otra.

Después de dar unos pasos, volví a gritar:

—¡Juan! ¡Pedro! —pero esta vez ni siquiera el eco me respondió y mi voz sonó tan extraña en mis oídos que no la reconocí.

Corrí durante una hora y media, cuando de pronto sentí que me ataban con cuerdas y caí. Me sujetaron los largos tallos de una zarzamora que no había visto en la oscuridad.

Se me cayó el pañuelo y apenas pude distinguirlo en la oscuridad.

Volví a gritar tan fuerte como pude, hasta que perdí el valor y no pude gritar más. No me atrevía a hacerlo por el terrible silencio que parecía rodearme. El silencio era tan extraño que oía claramente la sangre correr por mis venas.

Estaba solo, solo en el vasto bosque interminable, perdido, extraviado y lejos del camino cuando cayó la noche. Pensé en casa, en mi gentil madre y mi buen padre. Pensé en la terrible angustia que sentirían cuando yo no regresara. Tanteando el camino me senté en las raíces de un árbol y empecé a llorar.

Luego cerré los ojos lo más fuerte que pude para no ver nada. Mi intención era quedarme allí sentado para ver qué pasaba, pero cuando levanté los ojos para rezar una breve oración, vi una suave luz que atravesaba el techo de ramas por encima de mi cabeza y que me pareció

como un rostro sonriente que intentaba arrojar sus rayos de plata sobre mí.

Era la luna; estaba saliendo en la dirección opuesta a la que yo había visto los últimos rayos del sol que se ocultaba. A medida que mis ojos se acostumbraban a la luz, empecé a distinguir cosas a mi alrededor. Al principio los troncos de los árboles, algunos tan gruesos como mi cuerpo, otros tan gruesos como mi cabeza, otros tan gruesos como mis piernas y mis brazos. Luego vi los arbustos y matorrales, las flores en la hierba y los helechos. Y una comadreja.

Ahora que veía, ya no estaba tan asustado. Me levanté, vacié la gorra y me la puse en la cabeza, decidido a intentar una vez más encontrar un camino. Me puse en marcha en la misma dirección en la que había desaparecido la comadreja. Había caminado un cuarto de hora cuando, con el corazón latiéndome violentamente, me detuve: algo parecido a una estrella brillaba muy bajo, muy bajo entre el follaje; tan bajo que no podía ser una estrella; debía de ser la luz de un farol o de una ventana. Sin duda, alguien debía de estar pasando con una linterna o viviendo en una casita.

Por muy lejos que estuviera, decidí caminar hacia la luz. ¡Qué largo era el camino! La luna ya estaba muy por detrás de mí, por encima de los árboles. Era una hermosa noche estrellada. A lo lejos, muy lejos, sonaba el reloj de una iglesia. No sabría decir si era el reloj de nuestro pueblo; sonaban las nueve y aún no había alcanzado la luz. A veces se agrandaba, luego desaparecía durante algún tiempo. Me asusté mucho.

¿Volvería a aparecer? La estrellita titiló una vez más... de pronto estaba tan cerca que pude verla crecer. Ahora era tan grande como un huevo, luego tan grande como una naranja y finalmente la vi tan grande como la cara de la luna en lo alto entre los arbustos. Ahora podía ver cómo la luz se mostraba en forma de disco sobre una superficie oscura. Unos pasos más y me encontré frente a una casita. Una luz brillaba a través de una abertura redonda en la contraventana. Bajo la ventana había un viejo barril roto. No se oía ningún ruido en la casa. ¿Podría atreverme a llamar? ¿Vivían allí ladrones, una bruja o, peor aún, un ogro?

Quedarse fuera toda la noche era igualmente peligroso; podía haber lobos o perros salvajes en el bosque, y las brujas y los ogros no tardarían en descubrirme. Golpeé el postigo y pronto oí pasos que se acercaban.

—¿Quién llama tan tarde? —preguntó una voz ansiosa.

—Soy un niño de un pueblo vecino, he perdido a mis compañeros y llevo tres horas vagando por el bosque. Por favor, abre la puerta y déjame entrar.

Oí el sonido de un fuerte suspiro detrás de la puerta y luego la voz dijo con más suavidad que antes:

—¡Oh, hijo mío, no pidas entrar aquí! Aléjate lo más rápido que puedan tus piernas. Con gusto te daría



cobijo, pero mi esposo es un ogro. Devora sin piedad a todos los que caen en sus manos.

Sin embargo, me sentía tan cansado, me helaba el aire frío de la noche, y la soledad del bosque me aterrizzaba tanto que, con tal de estar bajo un techo con seres humanos, estaba dispuesto a correr todos los riesgos.

Ser devorado vivo por un ogro no era una perspectiva muy agradable. Pero si continuaba vagando por el bosque de noche, corría el peligro de encontrarme cara a cara con aquel hombre espantoso. Tal vez bajo su techo correría menos peligro de ser devorado.

Le rogué e imploré con tanta insistencia que la mujer cedió y abrió la puerta.

—Amiguito —me dijo el alma buena—, no tienes un momento que perder. Son casi las diez, a esa hora vuelve mi marido de su primera ronda. Aquí tienes un poco de pan y leche. Si tienes hambre y sed, ¡come y bebe! Presta mucha atención a lo que voy a decirte. En cuanto oigas que llaman a la puerta, escóndete en el rincón oscuro junto al armario, detrás de esas dos grandes bañeras. Si valoras tu vida, no muevas ni un músculo. Si mi esposo te encuentra, te comerá, con piel, huesos y todo. Si te callas como un ratón, puede que te salve.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando “pum, pum, pum”, la puerta tembló bajo los golpes de un puño pesado. Una voz áspera, cuyo sonido me heló la sangre, estremeció la casita.

—¿Cuánto más debo esperar para que me abras la puerta?

Antes de que la mujer levantara el pestillo, yo estaba agazapado detrás de las dos bañeras. Me hice lo más pequeño posible. Estaba tan aterrorizado que me encogí de miedo. Me encogía cada vez más, a veces me sentía tan pequeño como un perrito, luego tan pequeño como un gato, ¡y después tan pequeño como una rana!

¿Sabes por qué estaba tan asustado? Mientras la mujer se dirigía hacia la puerta, levanté rápidamente la tapa de cada cuba. ¡Qué horror! ¿Qué vi dentro? Una cuba estaba llena de leche, pero la otra estaba llena hasta el borde de carne humana. Manos, pies y cabezas de niños de mi edad, todo ello salpicado de sal gorda.

Una pisada como la de un gigante sonaba en el duro suelo de tierra de la casa. Desde entre las dos tinas vi al Ogro detenerse en medio de la habitación. Sus fosas nasales se dilataron de repente mientras olfateaba a su alrededor como un sabueso. Sus ojos brillaron y se relamió los labios.

—Esposa —estalló en un tono atronador—, ¡esposa, lo huelo! ¡Hay carne humana joven y tierna en la casa! ¡Habla! ¿Dónde está? Se me hace agua la boca.

Sacó una pesada hacha de su cinturón y la blandió en el aire de forma amenazadora. Su esposa lo negó.

—Ciertamente, hueles carne humana —respondió—, pero hueles a los tres niños que metiste en la tina de salmuera el viernes pasado. No he visto un alma viviente en todo el bendito día.

—¿Qué? —replicó el Ogro, y empezó a maldecir—. Trueno y relámpago, ¿me llamas mentiroso? Te digo que huelo la carne fresca y viva de un niño.

Lo vi blandir su hacha en el aire y arrojlarla contra el rincón donde yo me escondía... ¡horror! La tina de leche se hizo añicos. Sin duda habría caído en sus garras si no me hubiera vuelto tan pequeño como una rana a causa del terror, y así fui arrastrado por el desagüe, que estaba oculto por la otra tina, en la corriente de leche. Me encontré tumbado fuera de la casa, con el pelo y los ojos llenos de crema. Estaba medio aturdido por la alarma, ¡pero tan contento de estar fuera! Ahora tenía mucho más frío que cuando llamé a la puerta. Si tan sólo pudiera encontrar un lugar donde descansar mi cansada cabeza. Justo delante de mí estaba el barril vacío que había visto a mi llegada a la cabaña. La salida del desagüe estaba exactamente debajo de la única ventana. La luz de la luna me permitió ver el interior del barril. Para mi gran sorpresa, lo encontré medio lleno de heno. Pronto me decidí. Me metí en el barril por el fondo, que estaba suelto, me tapé con el heno y, después de rezar una breve oración, traté de dormir.

Dormí algún tiempo. Cuando desperté, mi ropa estaba seca. Muy pronto oí un extraño gruñido no lejos de mi escondite. Parecía el golpeteo de unas patas y el gruñido de un perro.

“Un lobo”, fue lo primero que pensé; después del Ogro, ¡el lobo que se comió a Caperucita Roja! ¿Cómo iba a escapar esta vez?

De pronto el animal se acercó y lamió el barril con su lengua áspera, pues probablemente había contenido manteca de cerdo.

Mirando por el agujero del barril, vi a la luz de la luna un perro grande y hermoso que saltaba de un lado a otro.

De pronto se me ocurrió que, si pudiera agarrar al perro por la cola, le pediría muy cortésmente que me llevara a mí y a mi barril lejos, muy lejos de esta terrible casa.

El perro volvió a acercarse, oí de nuevo su lengua lamiendo las duelas. Vi su cuerpo exactamente enfrente del orificio, entonces le hablé muy suavemente, tan suave y agradablemente como pude. Le pedí que hiciera lo que yo deseaba. Maravilloso de contar, el perro se dio la vuelta y me ofreció su cola. La agarré e inmediatamente me sentí arrastrado hacia adelante, como si estuviera en un trineo o en un bote.

Al principio corría despacio sin hacer ruido, pero más adelante, a unos cincuenta o sesenta metros de la casita, disfruté tanto de este paseo de medianoche que me volví imprudente.

Pensé que íbamos demasiado despacio.

—¡Ánimo! —grité—. ¡Ánimo, pequeño corcel de fuego!

Muéstrame cómo puedes galopar. ¡Arriba! ¡Ánimo!

Tiré de su cola, y el animal, que no esperaba este movimiento, salió disparado como el viento.

Corrió tan desbocado que el barril chocó contra los árboles hasta que, tras un violento golpe, se hizo pedazos. El perro huyó tan rápido como pudo.

¡Caramba! ¡Cómo había cambiado el bosque! No había ni una estrella en el cielo y la luna había desaparecido. Todo estaba envuelto en una pálida luz gris. El canto de los pájaros llenaba el aire. A lo lejos, fuera del bosque, un centenar de gallos cantaban uno tras otro.

Volví a pensar en mis queridos padres. Imaginé su agonía durante la larga y terrible noche, y mi corazón latió rápidamente al pensar en estar con ellos una vez más.

Pronto encontraría el camino. Si tan sólo pudiera descubrir en qué dirección se encontraba el pueblo.

Oí sonar una campana; "ding, dong, ding, dong". ¿Eran las siete? Por desgracia, el viento silbaba tan fuerte en las copas de los árboles que el primer "ding" parecía venir del norte, mientras que el último parecía venir del oeste. ¿Qué podía hacer?

Entonces tuve una idea feliz. Elegí uno de los árboles más altos, un álamo cuyas ramas inferiores estaban cerca del suelo. Trepé como un gato de rama en rama y llegué a la cima; desde allí podía ver todo el bosque. A un lado veía campos y prados hasta donde alcanzaba la vista, y del otro veía mi pueblo, mi querido pueblito.

El álamo al que me había subido estaba a sólo veinte metros de la orilla del bosque. Era tan alto que las ramas más altas a las que me había encaramado eran mucho más altas que los árboles de alrededor.

Mi pueblo estaba allí al fondo, no lejos del límite del bosque. No lejos del muro del cementerio estaba la casa blanca, la casa blanca donde vivían mis padres. Oh, si pudiera estar allí, ¡cómo deseaba estar en casa!

Pero yo estaba en lo alto, por encima de todas las copas de los árboles, agitando mi gorra tan vigorosamente en el aire que se me cayeron las pocas nueces que me quedaban. Mientras yo estaba allí encaramado en la copa del árbol, éste empezó a balancearse suavemente de izquierda a derecha y luego hacia delante y hacia atrás. Luego se balanceó tan violentamente que primero pasó por encima de dos, luego de tres y después de diez árboles. La brisa de la mañana parecía complacerse en ello, y soplaba cada vez más fuerte; "whip, whip, whoop, whoop", la copa del árbol se balanceaba más allá de la copa de los árboles en el límite del bosque.

¡Oh, vaya! ¡Era muy divertido! "Whip, whip", en un enorme semicírculo sobre la copa de cien árboles detrás de mí, luego en un semicírculo aún más amplio delante hasta las primeras casas del pueblo. "Whip, whip", cada vez más atrás, luego "whoop, whoop", delante hasta la granja del granjero Van den Eeckhoudt. Unos metros más lejos y ya me balanceaba casi sobre la casa de mi padre.

¿Me atrevería, me arriesgaría? ¿Podría con todo mi peso hacer que la copa del árbol se doblara de modo que el rebote me enviara directamente sobre la casa? "whip, whip, whoop, whoop". Antes de decidirme, me encontré donde quería estar.

Me crucé de brazos, me solté y aterricé en el borde de la gran chimenea. Caí por la chimenea hasta la estufa. Mi madre estaba haciendo café.

—¡Hijo mío, hijo mío! —gritó—, qué angustia nos has causado. Tu padre y yo hemos estado toda la noche despiertos.

En ese momento entró mi padre; había estado recorriendo sus tierras buscándome por décima vez.

—Mi muchacho —me dijo cuando logró reconocermé—, ¿dónde has estado y por qué estás tan negro?

—Padre —respondí—, estoy negro porque acabo de entrar a la casa por la chimenea. Vengo del bosque de Aulnes, donde ayer fui a recoger nueces. El Ogro no me ha comido y el lobo no me ha olfateado. Padre, mis bolsillos están llenos de preciosas nueces maduras